

Sorprendidos con tan extraña novedad é ignorando el paraje donde podrían hallarle, hallábanse muy embarazados sobre el partido que les convendría tomar. Si Jesús permanecía aun escondido en aquella costa del lago, erraban dándose demasiada prisa en pasar á la otra, porque su proyecto se descomponía enteramente; y si permanecían allí y Jesús había pasado á la otra parte y se hallaba dentro de alguna ciudad, se frustraba asimismo su idea, porque tal vez los habitantes de las grandes poblaciones no estarían en disposición de secundar su grito.

En este conflicto para ellos tan duro, no les costó pena creer que un hombre á quien obedecían todos los elementos, podía muy bien haber pasado el agua sin el socorro de alguna otra persona ó barca, y viéndose lejos de él, conociendo que ningún otro multiplicaría los panes y peces para socorrerles en el desierto, se determinaron á volver en su busca. Pensando estaban cómo realizarían su pensamiento, y no acertaban á determinarse: el viaje por tierra les era muy pesado á causa de que las mujeres y los niños se hallaban todavía cansados y resistían dar otra vuelta como la anterior; pero vinieron á sacarlos del conflicto unas barcas salidas de Tiberiades, que tomaron tierra junto al lugar donde el día anterior había Jesús dado de comer al pueblo con los panes que había multiplicado. Aprovecharon esta ocasión los galileos, y desesperando de encontrar en el canton de Bethsaida á Jesús ó á sus discípulos, se embarcaron enantes pudieron en los bateles, y los demás tomaron su camino por tierra para volver á su hogar [1], llevando aquellos el designio de juntarse con su bienhechor; ó al menos de adquirir noticias del lugar donde podrían hallarle.

En aquel país no era difícil encontrar á Jesús: por fortuna era día de sábado y en iguales días tenia siempre un paraje fijo, la Sinagoga. Halláronle allí en efecto, acercáronse á él sin temor, y con una confianza demasiado vulgar le dijeron: Maestro, ¿cómo lo habeis dicho que os encontramos aquí? ¿Cuándo y por dónde habeis venido? Vos no partisteis ayer con vuestros discípulos, y hoy no habeis pasado el mar con nosotros. Desentendióse contestar directamente á

[1] Varios traductores han confundido en este pasaje los tiempos de los verbos, como nota Grócio, y Saey, y la Biblia de Hondel.

CAPITULO XIX.

ENSEÑA JESUS A LAS TURBAS CUAL SEA EL VERDADERO MANJAR DEL ESPÍRITU, Y LES ACLARA QUE EL ES EL PAN DE LA VIDA, SU CARNE VERDADERA COMIDA, Y SU SANGRE VERDADERA BEBIDA.

Era tan grande la gratitud que ardía al parecer en el corazón de aquellos hombres, á los cuales acababa el Señor de alimentar con un pan milagroso, que no perdiendo el deseo ni la esperanza de proclamarle y hacerle rey, se habían quedado muchos á dormir sobre la verde alfombra del heno del desierto, animados de la lisonjera idea de que juntándose muy por la mañana con otros que habían marchado á las ciudades y aldeas de los contornos, con ánimo de hacer nuevos partidarios para lograr su tentativa, hallarían todavía al Señor en el desierto y podrían realizarla. Animábase mucho mas el saber que no había partido con sus discípulos, que se había retirado al monte con el favor de las tinieblas, y que exceptuando la barca en que habían entrado los apóstoles, no había otra alguna en la ribera. En vano se habían puesto todos en movimiento, pues no pudieron hallarle: el mismo prodigio que le llevó á sosegar la inquietud y cuidado de sus apóstoles, lo habían apartado de la indiscreta gratitud y reconocimiento que querían manifestarle.

tan caprichosa curiosidad: reprendió la grosería de sus pensamientos y sus miras interesadas, y les demostró que ni la fe, ni el amor á la verdad, antes al contrario, bajos, indignos y terrenales deseos los habían inducido á seguirlo y buscarlo; y pronunció con este motivo uno de los mas sublimes, interesantes y provechosos discursos que nos conservaron los historiadores del Evangelio.

Los prodigios, les dijo, de que habeis sido tantas veces testigos, eran mas que suficientes para convenceros de la divinidad de mi persona, de la que conservais todavía un concepto demasiadamente humano, no debiendo ya dudar de que soy Hijo de Dios y el enviado por mi Padre para salvar al mundo y alimentar á los hombres, no con el manjar y comida corporal, cuyo apetito y esperanza es lo único que os ha inducido á seguirme con la solicitud y ansiedad que manifestais; no venis precisamente para oír mis doctrinas; no para creer en ellas y en mí por los milagros que me habeis visto obrar, sino porque comísteis del pan que milagrosamente multipliqué, porque pensais que teniendo yo este poder jamás tendreis vosotros necesidad de trabajar para alimentaros; por el miedo de vuestra carne me buscáis, no por el de vuestro espíritu: cuánto mejor os sería buscar la comida espiritual que al alma sustenta, que es tanto mejor y mas sublime que la corporal, cuanta es la diferencia que va del alma al cuerpo? Cuánto sería el gusto, la suavidad y dulzura de aquel pan de cebada es fácil de conocer, atendida la solicitud con que deseaban al parecer seguir al Salvador; pero no es extraño que contuviese como el maná todos los sabores y delicias, puesto que el fabricante y dispensador de aquellos panes era el mismo que el del maná, cuyo espíritu es mas dulce que la miel y mas delicioso que todos los panales; era el mismo pan de la vida, pan del espíritu, manjar del alma, alimento inmortal y eterno. Así que, les añadí, no tanto por la comida y manjar transitorio y percedero, cuanto por el que dura y permanece para siempre, y cuyo prodigioso efecto es la vida eterna, habeis de buscarme y uniros á mí.

¿Cuántos hay empero como aquellos judíos, que buscan á Jesús, no por Jesús, sino para procurarse comodidades en la vida, para vivir en el mundo con tranquilidad y sosiego y evitar en lo posible los males y necesidades que trae consigo el mismo vivir? Por esto

dice el Crisóstomo [1]: Aprendamos á buscar á Jesús y á estar con él, no por las dádivas de las cosas sensibles, para no ser reconvenidos como lo fueron los judíos, pues les dijo el Señor: *Me buscáis no porque visteis mis milagros, sino porque comísteis pan hasta la hartura*: por esto no obra continuamente milagros como aquel, para enseñarnos que no hemos de servir siempre al vientre, sino que nos hemos de unir á él para procurar nuestros adelantos espirituales. Busquémosle pues y unámonos con él: busquemos ese pan celestial y divino, y recibíendole desechemos de nosotros todos los afanes y solicitudes de la tierra. No es ajeno de este lugar advertir que muchos de los judíos y mas particularmente los galileos, no estaban muy lejos de creer que Jesús era el verdadero Mesías anunciado por la ley y los profetas. La circunstancia de haber llegado á su entender á los tiempos prefijados, de haberse cumplido la mayor parte de las profecías, la santidad de ese hombre divino que se llamaba Cristo y la grandeza de sus milagros, les hacían mucha impresión y no se les hacía imposible ni aun duro de creer que Jesús, hijo de María santísima, al que entre sí miraban como hijo de José, aunque entonces hacia aquella vida tan pobre y humilde, fuese el verdadero rey de Israel que la nación esperaba. Es innegable que en este punto discurría mejor el pueblo mas idiota ó menos instruido que los doctores y maestros de la ley; pero querían que su reinado fuese el de la abundancia, de la gloria humana y de la prosperidad de los súbditos; y no creían que su imperio se había de ejercer sobre los corazones, para que en ellos reinase la inocencia, y para establecer en el mundo un culto nuevo, mas digno, propio y debido á Dios que el antiguo, que solo era su figura: un culto de reverencia y amor, y no un culto de sangre de toros y becerros.

En otras ocasiones ya les había dicho el Señor que debían buscar con preferencia el reino de Dios y su justicia, y que todas las demás cosas se les darían como por añadidura; pero como se olvidaban con mucha facilidad de las cosas espirituales y solo atendían á las terrenas, se lisonjearon con que tarde ó temprano se declararía sobre sus pretensiones á la corona, que les restituiría su libertad y que se-

[1] Div. Crisostom. Hom. 43 in Joann.

rian ellos el mas dichoso, el mas rico y el mas célebre de todos los pueblos; y conservando estas esperanzas en su corazón hasta con una especie de convencimiento que rayaba para ellos hasta la línea de lo infalible, se movian poco por las lecciones que se les daban sobre la necesidad de la penitencia, la reforma de sus costumbres, la obligacion indispensable de creer las verdades que el Salvador les enseñaba sobre la divinidad de su persona, la igualdad con Dios su Padre, y todas las esencialísimas y fundamentales de la nueva religion que les predicaba. Por esto les decia con aquella energia santa que inspira la certeza de una verdad divina que se anuncia: Creed que el Hijo del hombre os dará este pan celestial; porque Dios su Padre imprimió en él el sello de la divinidad y de su poder omnipotente, y lo declaró Hijo suyo, y Dios igual á sí mismo. Cristo Jesús es la imagen de su Padre y resplandor de su gloria, figura de su sustancia, Verbo y sabiduría suya, y en él reside de asiento y habita toda la plenitud de su divinidad.

Esto fué lo mismo que decirles: Yo sondeo vuestros corazones y nada ignoro de lo que en ellos pasa. Veo el interés temporal y mezquino que os lleva á buscarme por todas partes donde creéis que puedo estar; pero os veo insensibles al provecho espiritual y á las ventajas de vuestras almas, siendo este el único fruto que yo pretendo sacar de mis trabajos. Si vuestro afecto es verdadero, si queréis darme gusto, si queréis ser del número de mis fieles y verdaderos seguidores, es preciso que se levanten vuestros espíritus á pensamientos mas altos. Ilustrados con la luz del cielo y sostenidos con la gracia de mi Padre, trabajad en adquirir, no el alimento corporal que perece y por el cual no conviene á los hombres inquietarse con exceso, sino es el alimento espiritual que es permanente y cuyos frutos se conservan por una eternidad. Sobre lo que dice, san Crisóstomo [1]: Nuestro principal estudio y cuidado deba dirigirse á buscar el alimento que conduce á la vida eterna, esto es, los bienes espirituales; á los temporales no debemos dirigirnos sino secundaria y accesoriamente, en razon de que nos es indispensable sustentar en esta vida el cuerpo que se ha de corromper en el sepulcro.

[1] Id. Ib.

Todos aquellos que fundados en esta doctrina del Salvador rehuyen el trabajo corporal y quieren vivir en la pereza y en la holganza, abusan seguramente de ella y serán castigados sin remedio; por esto decia san Pablo á los de Efeso [1]: "El que descendió, ese mismo es el que ascendió sobre todos los cielos para dar cumplimiento á todas las cosas. Y así él mismo á unos ha constituido apóstoles, á otros profetas, á otros Evangelistas, y á otros pastores y doctores, á fin de que trabajen en la perfeccion de los santos, en las funciones de su ministerio, en la edificacion del cuerpo místico de Jesucristo, hasta que arribemos todos á la unidad de la misma fe y de un mismo conocimiento del Hijo de Dios, al estado de un varon perfecto, á la medida de la edad perfecta, segun la cual Cristo se ha de formar místicamente en nosotros; por manera que no seamos niños fluctuantes ni nos dejemos llevar aquí y allá de todos los vientos de opiniones humanas por la malignidad de los hombres, que engañan con astucia para introducir el error. Antes bien siguiendo la verdad del Evangelio con caridad, en todo vayamos creciendo en Cristo, que es nuestra cabeza. . . . Os advierto y conjuro de parte del Señor que ya no vivais como todavía viven los gentiles, que proceden en su conducta segun la vanidad de sus pensamientos. . . . No deis lugar ó entrada al diablo: el que hurtaba ó defraudaba al prójimo no hurte ya; antes bien trabaje, ocupándose con sus manos en algun ejercicio honesto, para tener con qué subsistir y dar al necesitado."

San Lucas, hablando sobre esto y aun del mismo san Pablo, nos dice [2]: Que después de haber salido Pablo de Atenas pasó á Corinto, y encontrando allí un judío llamado Aquila, natural de Ponto, que antes habia llegado de Italia con su mujer Priscila, porque el emperador Claudio habia expellido de Roma á todos los judíos, se juntó con ellos. Y como tenia el mismo oficio, que era hacer tiendas de campaña, trabajaba en su compañía. Diciendo pues el Señor á los judíos que trabajasen para ganar un alimento que no parece ni se destruye, no quiso ni aun remotamente insinuar que debian entregarse al ocio y á la pereza, sino que les convenia y les era

[1] Ad Efes. cap. 4. v. 10 et seqs.

[2] Actor. c. 18, v. 1, 2 et 3.

necesario que trabajasen un trabajo material para que fuesen que dar á los pobres, porque este es el alimento que no perece. Y les dijo esto porque no tenían ningún cuidado de la fe, sino que querían comer y no trabajar; y á esto llamó Jesús comida que perece, hablándoles con aquella decencia y decoro que á su santidad y grandeza correspondían.

El Hijo del hombre está dispuesto á daros y os dará efectivamente este manjar que no se destruye, porque á este fin vino al mundo enviado por su Padre. Esto mismo contestó al presidente de Judea en el día de su pasión: *Yo para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad* [1]. Esto es dar pasto y comida espiritual. Daos pues vosotros prisa para que podáis adquirir y tener de esta comida. A mí me buscáis, dejad por lo tanto todas las demás cosas: buscadme por mí solo, que soy la comida permanente que doy y concedo la vida eterna. Hasta aquí san Crisóstomo.

Muy bien entendieron los judíos que Cristo con esta doctrina les había querido significar las buenas obras y la práctica de las virtudes, deque les había dado tantas lecciones y ejemplos. Así es que luego le preguntaron: ¿qué haremos para ejercitarnos en obras agradables á Dios y en practicar lo que Dios quiere? A lo que les respondió el Señor: Creed firmemente en aquel que Dios os ha enviado para vuestra salud; en el Mesías prometido en la ley y en los profetas para colmaros de bienes y conducirlos á la felicidad. Que fué lo mismo que decirles: Vosotros tenéis razón en lo que me preguntáis, y lo que me decís es puntualmente lo que yo quiero que entendáis.

La obra de Dios, por lo que mira á vosotros, hijos de Jacob y discípulos de Moisés, es que creáis en aquel que ha enviado el Padre, esto es, en mí, que os he probado mi misión con tantos milagros. La obra de Dios pues es la fe, con la cual hareis profesión de creer que Jesús es el Hijo de Dios vivo; y levantando entonces sus ojos centelleantes y su corazón inflamado al trono de su Padre, continuó diciendo: *Esta es la vida eterna, la cual consiste en que te conoz-*

[1] Joan, cap. 18, v. 37.

can á tí, oh Padre! y que tú solo eres único y verdadero Dios, y á tu Hijo Jesucristo á quien tú has enviado. Ved ahí el cimiento magnífico del edificio de la virtud, el primer paso que se debe dar en la carrera de la felicidad. Ved ahí el manantial de los sólidos y verdaderos bienes que duran para siempre. La fe animada de la esperanza y del amor del sumo bien, es el manjar y el alimento inmortal y eterno. Así que, es necesario que á consecuencia de este principio recibais con docilidad mis instituciones, mi doctrina, mis dogmas, el Evangelio, y que acomodeis vuestra conducta á sus máximas y preceptos. No hay otra senda para llegar con seguridad al deseado término. Ninguno viene ni puede llegar al Padre sino por mí. Yo soy el camino, la verdad y la vida. Yo soy el manjar por el que viven los ángeles que permanecen en la vida eterna.

Resistentes, obstinados y muy duros se manifestaron los fariseos á consecuencia de este discurso de Jesús, y los que convencidos por un solo milagro cuyas dulzuras habían probado estaban por la mañana dispuestos á proclamarle rey, mudaron enteramente por la tarde su pensamiento, porque ya en su concepto no se trataba de aclamar á un rey magnífico y liberal, sino es de creer en la palabra de un hombre que sin querer hacerse rey pretendía que lo reconociesen por Mesías y por Hijo de Dios. Entonces se vió cuánto pueden, principalmente en punto de religion, las preocupaciones y el interés. Jesucristo había obrado en público y á la vista de todos ellos una inmensa multitud de milagros que no podían negarse ni oscurecerse: porque les con vino se aprovecharon de ellos, los admiraron y celebraron, y cuando en su consecuencia exigía que se sometiesen á su doctrina, le resistieron cara á cara, porque humillaba su entendimiento y contradecía los deseos de su corazón, y se determinan á pedirle nuevas pruebas ó milagros.

Con arrogancia y hasta con cierto género de desprecio trató en esta ocasion á Jesús aquel ingrato y desconocido pueblo. No nos negamos recondamente á creer, le respondieron, lo que nos enseñáis, porque es cierto que hasta aquí habéis acreditado vuestras doctrinas confirmandolas con milagros; pero ninguno es tan grande que nos obligue á dar nuestro consentimiento en una materia tan importante. Nuestros profetas hicieron milagros también, y sin embargo,

no nos propusieron una nueva religion ni un nuevo culto. Si creyeron nuestros padres á Moisés, que fué nuestro legislador, tenían muy sólidos motivos para darle crédito. Obró mil maravillas en la tierra de Egipto para darles la libertad; abrió á su vista los mares para darles paso y librarles de la persecucion de un rey tirano, y los cerró después á su presencia para sepultar bajo las aguas á todos sus perseguidores; y después de estos hechos que le acreditaban de legislador, de juez y de libertador enviano por Dios, es igualmente innegable que no por una vez, no por un dia, ni por un mes, ni por un año, sino por espacio de cuarenta, los alimentó en el desierto y los socorrió en todas sus necesidades; á pesar de que eran un millon de personas: nunca tuvieron necesidad de ocuparse en la sementera ni en la siega, porque ni un solo dia dejó de caerles el maná del cielo, sin que tuviesen mas trabajo que recogerlo. Este es el grandioso y estupendo milagro que excita en nosotros afectuosas y tiernas emociones siempre que en nuestras solemnidades de accion de gracias cantamos aquel salmo en que está escrito: *El los alimentó con pan del cielo* [1]. ¿Nos habeis manifestado vos vuestro poder con otro milagro igual? ¿Que prueba tan irrecusable como esta nos presentais, para que creamos y confesemos que sois todo lo que decís, á saber, el Hijo de Dios, el Mesías y el pan de la vida? ¿Qué es lo que puede obligarnos á tener tanta fe y confianza en vuestra persona? Un rey grande, un legislador eterno, el hijo de David que ha de sentarse sobre el trono de su padre, cuyas gradas han de lamer sus propios enemigos; el Mesías en fin y el Hijo de Dios no deben aparecer sobre la tierra en un traje tan pobre, tan humilde y tan menesteroso como el vuestro. Si creierais que os creamos, dadnos otras pruebas, porque no es tan suficiente para convencernos como vos pensais, el habernos alimentado por una sola vez con pan de cebada en el desierto.

Groseros, á la par que maliciosos é injustos, fueron en esta ocasion aquellos galileos, haciendo comparaciones tan odiosas entre los milagros de Jesús y los de Moisés; debiendo suponer que cualquiera que fuese la persona de que Dios se valiese para obrarlos, todos

[1] Ps. 77, v. 24 et alibi.

son efectos de su omnipotencia y de su poder y misericordia infinita, y que él solo es el que proporciona y dispone su evidencia, su claridad, su duracion y extencion á las circunstancias de los tiempos y lugares. Dios es infinitamente veraz, y los milagros no pueden demostrar sino la verdad de aquello en cuya prueba dispone Dios que se hagan. Los que Moisés obró demostraban que era el escogido y enviado de Dios para libertar á su pueblo de la opresion de Egipto, así como los de los profetas justificaban que tenían comision para hablar en nombre del cielo á un pueblo de dura cerviz á que no habian podido ablandar todos los que vieron obrar al legislador santo en el largo espacio de cuarenta años, así como tampoco le ablandaban ni instruian bastantemente los que cada dia veian obrar al mismo Salvador para probar lo que era, y desvanecer todas las sospechas y dudas que sobre su divinidad pudiesen ocurrir á un pueblo á quien dominaban en tan alto grado las equivocadas ideas que habia formado del libertador nuevo que esperaba.

Como los designios de Jesús eran elevar poco á poco hasta la esfera de la inteligencia superior de la fe á los ánimos y corazones enteramente terrestres, para conducirlos sin violencia al conocimiento de su persona y á la adoracion de los misterios incomprensibles que les proponia, tomó el partido de desengañarlos sobre cada uno de los motivos en que apoyaban su resistencia en creerle. Lo primero que le habian echado en cara era la superioridad del maná, que decian sur un pan bajado del cielo; lo segundo, apoyaban esta superioridad sobre el tiempo y la duracion del prodigio, y lo tercero se fundaba en su extension y universalidad. A todo lo que respondió Jesús, según el orden y método con que lo habian presentado, diciéndoles: En verdad, en verdad os digo que Moisés no os dió el pan del cielo ni aun el maná de que habláis. Vosotros no entendéis bien el texto de David de que os valeis. ¿Por ventura, aspiró jamás Moisés á que le reconocierais por autor de este prodigio? ¿Tuvo la osadía de apropiarse el divino poder ó de atribuirse la gloria de hacer milagros por su propia virtud? ¿No reconoce á Dios por príncipio de todas las obras de su oficio y ministerio? ¿No hace una pública confesion de que él no es mas que un ministro fiel obediente á sus mandatos? ¿un instrumento para ejecutar su divina volun-

tad? Dios solo fué el autor benéfico del maná, así como lo es del pan y manjar que ahora os ofrece; pan riquísimo, nobilísimo é incomparablemente mas precioso que el maná; porque os da el verdadero pan del cielo, su Verbo divino, su Hijo unigénito, al Cristo autor de la vida, de la salud, de la gracia y de la verdad.

Aquel pan era formado en el aire por la mano de los ángeles, y caía en el desierto para el uso de vuestros padres; pero el pan de que yo os hablo y que mi Padre os ofrece, es salido del seno de la divinidad que habita en el cielo como en su palacio donde manifiesta su gloria. Cayendo el maná como un rocío sobre la tierra, era mas propiamente un pan material, terreno y corruptible, y como un suplemento de los demás manjares que no se podían haber á las manos en aquellos desiertos. El maná conservaba los cuerpos, los alimentaba y nutría, y mantenía las fuerzas de la naturaleza; pero no daba vida perpetua á los que usaban de él, ni los libertaba de la muerte: vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; el pan empero de que yo os hablo, es el alimento de las almas; á ellas nutre, vivifica y fortalece; de él pueden usar siempre que gustaren y tuviesen hambre; él da al mundo entero la vida eterna, y tiene esta propiedad porque él solo es el pan verdadero de Dios bajado del cielo.

Materiales en todo eran, no hay duda, aquellos hombres tan tercos como carnales; pues ni aun con esta admirable doctrina quisieron comprender la grandiosidad del misterio de que el Salvador les hablaba: y tomando la corteza y dejando el espíritu, esto es, tomando los admirables efectos espirituales que el pan divino causa, por los puramente materiales que causa el pan material y comun, contestaron al Señor segun el espíritu y la idea con que le contestó la Samaritana en otra ocasion muy parecida á esta; pues para librarse de ir todos los dias á sacar agua del pozo de Jacob, le pidió de aquella agua salvable, con cuyo uso se quitaba la sed para siempre. Así ellos, bien fuese con ánimo sincero, bien con alguna especie de burla, al oír que Jesús les hablaba de un pan que daba la vida eterna, le dijeron: *Damos, Señor, siempre de ese pan, para que no teniendo hambre jamás.*

No se turbó por esto la paciencia de Jesús, ni se irritó su manse-

dumbre, ni desmayó, ni se entibió su caridad; antes bien dando mas vela á su enardecido corazón, explayó con mas liberalidad y desahogo todo el incendio de su amor; porque esta era la ocasion favorable que esperaba para descorrer el velo de los misterios y hablarles con toda claridad. *Yo soy, les dijo, el verdadero pan de vida. En mí está la fuente de la vida, y yo solo soy quien la da á los hombres; los que yo mantengo los hago vivir eternamente.* Cualquiera que viene á mí con toda la confianza y amor que debe, no tendrá hambre jamás; y cualquiera que crea en mí con una humilde sumision de espíritu y de corazón, jamás tendrá sed; mas este pan no es para los incrédulos como vosotros, pues como os he dicho otras veces y vuelvo á repetir ahora, ya me habeis visto en mil ocasiones parecer lo que soy, y siempre persistis obstinados en no creerme. Pero por mas inflexible que sea vuestra obstinacion, no me hará renunciar á mi ministerio: constantemente predicaré la verdad, y estoy seguro que hallaré oyentes mucho mas humildes y dóciles que vosotros.

Sobre todo lo que hasta aquí se ha dicho, discurre san Agustín con aquella profundidad que le es tan natural y propia, y dice [1]: Atiende á las cosas que hizo Moisés, y observa cómo desconfiados é incrédulos aun los judíos, piden al Señor obre mayores milagros que los que aquel obró. Tú, le dicen, nos prometes un manjar que no se descompona y destruye, y hasta aquí no nos has dado mas que pan de cebada, siendo así que aquel nos dió el maná del cielo. A lo que les replicó Jesús: Moisés os dió un pan significativo formado en el aire que bajaba sobre vuestros padres como el rocío ó la escarcha, *no como pan verdadero*; pero ahora *os da mi Padre el pan verdadero bajado del cielo*, esto es, *á su mismo Hijo unigénito á quien aquel pan prefiguraba*: aquel pan era figura de este otro que es la verdad. Así es que el mismo Salvador no dividió, sino que distinguió un pan del otro, á saber, el verdadero del falso; porque aquel fué verdadero y no falso; pero fué figurativo, y así propiamente hablando, no fué aquel pan verdadero, sino figura del pan sustancial que se da en el Sacramento; y así este es el verdadero,

[1] Div. August. Tract. 25 in Joann.

porque fué prefigurado por aquel. El pan de Dios, no figurativo sino verdadero, es el que bajó del cielo y da la vida al mundo; porque el efecto del pan es conservar la vida, y así el pan verdadero espiritual es el que da y conserva la vida espiritual, lo que solamente compete y es propio del Verbo encarnado, cuya salida fué de lo mas alto del cielo, esto es del Padre, de donde vino para dar vida al mundo. El pan material no da la vida, sino que tan solo conserva la preexistente por cierto tiempo; pero el pan espiritual de tal manera vivifica, que él mismo da la vida; porque verdaderamente empieza el alma á vivir cuando se une al Hijo de Dios, y por esto se llama principalmente pan de la vida, expresion que usó él mismo cuando dijo: *Yo soy el pan de la vida*, esto es, el que doy la vida por la divinidad que tengo; *que bajé del cielo* por vestirme de la humanidad; y el que comiere de este pan dignamente y se uniere con él por la fe y el amor, *no morirá, sino que vivirá* en el siglo presente por la vida de la gracia, y en el futuro por la vida de la gloria.

No imagineis que sucedió así á vuestros padres; ellos comieron el maná y murieron con la muerte del alma porque solamente entendian lo que veian, y lo que no veian no lo entendian. Los justos empero que no eran semejantes á ellos, no murieron con la muerte del alma; porque aunque comian un manjar visible, comprendieron bien que simbolizaba un manjar espiritual: para estos tenia toda la suavidad y dulzura inagotable y para aquellos era insípido y desabrido, y les causaba náuseas y fastidio. Así tambien la Eucaristía á los que reciben y comulgan dignamente es el consuelo de la vida espiritual; pero para los que la reciben y comulgan indignamente, es juicio, muerte y condenacion eterna. Hasta aquí san Agustin.

Esta tan clara exposicion de un doctor tan eminente, nos demuestra con toda claridad que el Salvador divino no trató en este discurso que tuvo con los judíos de inculcarles como lo habia hecho en otras ocasiones, la necesidad de guardar los mandamientos, de que conservasen la inocencia de costumbres ó de que la restaurasen por la penitencia; ni tampoco descendió á lo que era comun á los dos leyes y esencial al culto divino, sino que trató de inculcarles la fe

explícita en el Hijo de Dios y la necesidad de la union de los fieles con su divina persona, que era el constitutivo esencial de la diferencia entre el culto nuevo y el antiguo, y el verdadero punto de resistencia de los judíos carnales. Entre los oyentes que Jesús tenia, no solo en esta ocasion tan crítica é interesante, sino en todas las que predicaba, habia muchos que iban á oírle llevados por motivos humanos de interés, de curiosidad y de intencion maligna; pero los otros eran discípulos de buena fe que querian ser instruidos y seguian las impresiones de la gracia; y sobre esta diversidad de oyentes hizo declinar el Señor la continuacion de su respuesta, confirmando todo cuanto hasta aquí les habia dicho.

Vuestra incredulidad, continuó Jesús, no puede ser mas funesta: me habeis visto y no me creéis; me habeis oído, y no convencen vuestra obstinacion mis discursos; he obrado mas milagros de los que son necesarios para acreditar mi mision, y ni aun con esto me dais crédito; sabed pues y tened por cierto que todos los hombres que me ha dado mi Padre, sin distincion de judíos y gentiles, y vienen á acogerse bajo mi proteccion para que les enseñe esos y otros grandes misterios que estoy encargado de enseñarles, á todos los recibí y recibí sin rehusar alguno, porque todos son suyos; por esto no resisten sus llamamientos y atienden con docilidad al testimonio que da de mí como de guia que les ha enviado para la vida eterna; y aunque no sean en grande número será bastantes para mí, pues mi Padre con eso se contenta. Yo no he bajado del cielo para hacer mi voluntad sobre la tierra; esto es, para admitir á estos en el número de mis discípulos, ó para excluir á aquellos con una eleccion arbitraria y puramente humana; yo tengo una regla fija para mi conducta y me conformo con ella; esta es, el perfecto conocimiento que tengo de la voluntad de mi Padre, y he bajado del cielo por ejemplarla. Este Padre, infinitamente justo, santo y amoroso, no quiere que se pierda alguno de los que ha elegido y predestinado para que sean míos; y si alguno se perdiere, será por su falta de atencion y cumplimiento á las lecciones que les doy; será porque desertará de mis banderas y quiere perderse; pues su voluntad suprema es que yo los instituya, los cultive y conserve con cuidado. y que en el último dia los rescite para la vida eterna.

No extrañéis que os repita una y otra vez verdades tan ininteresantes y dogmas tan principales: os importa mucho creerlos y quedar de su verdad convencidos. No lo dudéis: mi Padre quiere y es su voluntad que todos los que tienen la felicidad de ver á su Hijo dar señales de su grandeza, poder y santidad, y creen en él y en el Hijo, posean algun dia la vida eterna como premio que ha resuelto darles cuando los resucite al fin de los siglos. En adelante será en mí, esto es, en la fe de mi divinidad y en la union que se contraxirá conmigo, en lo que estará el derecho á la vida de la gracia sobre la tierra y á la resurreccion para una eterna gloria. La esperanza de la vida verdadera que conduce á la gloriosa resurreccion, ya no se fundará sino sobre el conocimiento que se tuviere del Hijo de Dios y sobre la fe que se dará á sus palabras, segun el grado de revelacion que de esto se tuviere. Sin esta fe que yo he venido á traer sobre la tierra y que será el fundamento de toda justicia, las obras buenas no fructificarán para la vida eterna. Yo soy el que resucita á los hombres como Dios, con el poder de mi divinidad; yo soy el que en cualidad de hombre, porque mi humanidad está personalmente unida al Verbo de Dios, conseguiré y obtendré para el fiel, con la dignidad infinita de mi persona y de mis méritos, los privilegios de una resurreccion gloriosa. Este es el sentido en que el Señor es el pan vivo bajado del cielo, y pan vivificante que da la salud al mundo; que él mismo, sumo y eterno sacerdote, ofreció por todos el primero á su eterno Padre, y todo esto quiere decir su Majestad con tan breves palabras.

Fuerte es el imperio de la verdad, no hay duda; pero en muchas ocasiones en vez de convencer los ánimos obstinados y endurecidos, los exaspera, los irrita y enfurece: así es que verdades tan sublimes acompañadas de promesas tan grandes y consoladoras, disgustaron sobremanera los de aquellos judíos tan pegados á la tierra y á todas las felicidades caducas y perecederas que en ellas se gozan. No podían oír sin horripilarse que Jesucristo les repitiera, *yo soy el pan vivo que bajé del cielo*. Murmuraban entre sí y se enfurecian. Mil miradas de desprecio se dirigian al Dios de la verdad y la vida, y como que se anticipasen en condenarle reo de muerte en su corazon; aunque comprendian bien que se les queria dar á entender que

Cristo en cuanto Dios estaba en el seno de su Padre antes del tiempo de su nacimiento sobre la tierra, aunque en cuanto hombre hubiese nacido en el tiempo, y que su santa humanidad estaba unida á una persona divina, que era la que habia bajado del cielo, sin embargo, esto mismo que han entendido y comprendido era lo que resistian á creer, diciendo: ¿No es este hombre Jesús hijo de Joseph? ¿No es hijo de María su madre? ¿No conocemos á su padre y á su madre y á toda su parentela? ¿Cómo pues puede decir que ha bajado del cielo?

¿Qué pequeño y limitado es el entendimiento del hombre cuando quiere con sus alcances puramente humanos subir mas arriba de su propia y natural esfera para comprender los mas altos y encumbrados misterios, si no se apoya sobre el vehículo indeleznable de la fe? Todo le parece duro, todo difícil é imposible. Pero cuando sobre la fe se apoya, cuando cree por la fe, comprende con facilidad, discurre con certeza, y conoce con aquella claridad que parece es propia de las supremas inteligencias. Faltando por consiguiente este apoyo y vehículo á los murmuradores injustos de las doctrinas del Salvador, no pudo menos de reconvenirles fuertemente y decirles: ¿Qué es lo que extrañáis? ¿Qué motivo tenéis para no creer y murmurar sobre lo que acabo de decir? Veo que me canso en vano en hablarlos, y que haceis inútiles mis esfuerzos para instruirlos, oponiendo una resistencia tenaz á todo cuanto os enseño: así es imposible que cesen todas contradicciones como de continuo se levantan en vuestro corazon y entendimiento. ¿Sabeis por qué no me creéis? Porque en vosotros no existe el deseo de aprovechar en lo que concierne al espíritu; porque no sois de aquellos justos que atraídos del testimonio de la verdad, que es el que mi Padre da de mí, y dóciles siempre á su gracia vienen á mí á apronler como de su enviado, su doctrina y su voluntad. A vosotros os dirigen y conducen motivos muy reprobables: el interés, la codicia, la ambicion, son el único móvil de vuestras operaciones: estos afectos mezquinos, las terribles impresiones de la carne y de la sangre y no la sumision respetuosa á la voz de mi Padre ni el deseo de hacer su voluntad, son lo que os mueve y guía. ¡Cuánta es vuestra desventura!

Oídme, ¡prestadme toda vuestra atencion, porque os anuncio ver-

dades, que si las despreciáis obstinados, tal vez nunca podeis crear las arrependidos. Todo el fruto que habeis de sacar de mis discursos depende de las sinceras disposiciones del espíritu con que os acerqueis á oírlos. El desordenado apego á las cosas terrenas os impedirá siempre venir á mí como discípulos: nunca sereis del número de los que me dió mi Padre para que los enseñe, si no hay en vosotros esa generoso desprendimiento que á él los caracteriza: esto fué lo que me obligó á deciros en el instante mismo que llegásteis á mi presencia, que no podía mirar como un mérito vuestra presencia. No, no fueron los milagros que hizo mi Padre para autorizar mi mision los que os hicieran abrir los ojos y os dispusieran á venir para creer mi doctrina y seguirme, sino porque aquellos contribuyeron á vuestro consuelo corporal y os suministraron los socorros para las necesidades de la vida, aun cuando menos los esperábais. Una y otra vez os he dicho que no es este el camino que debe conducirlos si queréis ser ilustrados. Aquellos solos que se presentan con este fin, que se elevan sobre las sugerencias de la carne y se dejan mover de las impresiones que en ellos causa la voz de mi Padre que da testimonio de ser él mismo el que me ha enviado; á ellos me doy á conocer, ellos se mantienen del pan vivo que bajó del cielo y perseveran hasta el fin. Yo usaré con ellos del poder que he recibido, y los resucitaré en el último día á un estado glorioso, sin distincion de judíos y de gentiles.

¿Queréis acreditaros de tan necios, que ignoreis lo que los profetas han escrito? ¿No es cierto que dijeron que habia de venir un día en que todos vuestros hijos serian doctrinados por el mismo Señor [1]? Vosotros lo concedéis, mas esta prediccion debe cumplirse en el tiempo del Mesías; pero advertid que su cumplimiento no está reservado á una nacion ni á un paraje solo de la tierra. Su prediccion abraza todos los hombres del universo, porque á todos se revelarán en el tiempo determinado los misterios mas escondidos; por esto las maravillas que hace mi Padre por mí, son la voz de Dios que se dirige y habla á todos ellos. El que ha oído la voz de mi Padre que los llama á mí y no resiste las inspiraciones interiores

[1] Isaías. cap. 54, v. 13.

que de él recibe, viene á mí como á enviado de Dios, y se rinde, obedece y cumple las instrucciones que yo estoy encargado de darle. No sean siempre carnales vuestros pensamientos ni terrenos vuestros deseos. Levantaos alguna vez sobre la esfera de lo humano y procurad aprender las lecciones de la fe, que se dirigen á formar y fortalecer vuestro espíritu. No creáis que el Padre pueda verse con los ojos del cuerpo; nadie lo ha visto jamás en esta vida, ni podría dudar mucho tiempo en la tierra su mision; solo pertenece al que él ha enviado verlo claramente, verlo siempre y darlo á conocer á los otros: él se da á conocer por sus obras y por sus palabras; las unas y las otras traen y conducen á mí; á mí vuelvo á decir que solo he visto al Padre y sé todos sus secretos.

De nada os servirán todos los conocimientos que háysis adquirido ni los que podáis adquirir sobre las ciencias humanas, para conseguir los que os sean necesarios sobre la excelencia, grandeza y dignidad de Dios, y sobre los misterios y arcanos que á nadie se han revelado. Por mi medio y conducto es por quien mi Padre quiere comunicaros, pues nadie antes que yo los ha tenido ni nadie puede revelarlos. Ninguno conoce íntimamente á Dios sino el que es Dios. El Hijo de Dios tiene una entera y plena revelacion de toda la economia del reino celestial, y es el único que tiene facultad y poder para establecerlo sobre la tierra. En verdad, en verdad os digo que aquel que creó en mí y viene á mí conducido por mi Padre, ya tiene en su fe el principio de la vida eterna, y en la gracia de la adopcion una prenda de la resurreccion gloriosa. Como á Hijo enviado del Padre, soy yo el pan de la vida; es preciso usar de este pan bajado del cielo, con la fe de las verdades que revelo; pero tambien en otro sentido soy y seré hasta el fin del mundo, que convendrá comer en forma de alimento y de sustento. Pan totalmente distinto del maná, que no pudo exceptuar á vuestros padres que lo comieron en el desierto, del tributo comun que todos deben á la naturaleza; ni les preservó de la muerte, ni de la corrupcion, ni les fué prenda segura de la vida eterna.

El pan vivo que ha bajado del cielo es un soberano preservativo contra la muerte espiritual, que es mucho mas temible que la muerte del cuerpo. Los beneficios que vuestros padres recibieron de Moi-

sés, tuvieron sus límites en la vida presente; los que propongo hacer os miran á la vida venidera y dan derecho á su posesion. El que yo os ofrezco es un pan que confiere al alma bien dispuesta que le come, el principio de una vida sobrenatural que no tendrá fin, con tal que el hombre fiel tenga cuidado de conservarlo. Yo soy, vuelvo á repetir otra vez; yo, á quien estais mirando, soy el que ha bajado del cielo. Yo soy el pan vivo; cualquiera que comiere de este pan, recibirá la raiz de la inmortalidad y la prenda de una vida eternamente dichosa. Este pan, que ahora no os doy á comer, pero que os lo daré cuando llegue el tiempo, es mi carne, que será sacrificada por la salud del mundo.

Estas palabras mal entendidas fueron causa entre los judíos de una grande disputa, siendo diferentes sus dictámenes. Sorprendiéronse con la promesa de Jesucristo, y aunque la llegaron á entender puntualmente, no comprendian cómo podria realizarse. ¿Cómo, decian, y con qué especie de prodigio este hombre nos dará á comer su carne á todos y á cada uno en particular? No era tiempo aun de correr el velo á los misterios: bastaba preparar los ánimos é irselos proponiendo. Con todo eso, después de las pruebas dadas por Jesucristo de ser el Maestro y doctor de los hombres enviado por su Padre, ya era tiempo de que lo creyesen, por mucha oscuridad que encerrasen los misterios que les anunciaba. Así fué que desentendiéndose de alterar con ellos, dejó sin contestacion las dificultades que le oponian, porque este era el único medio de hacer cesar la disputa y apaciguar aquellos espíritus, que aunque nada creian imposible para el Señor, no se resolvian enteramente á creerlo, y pasó á confirmarles enteramente su doctrina.

En verdad, en verdad, les replicó, que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebedis de su sangre, que no tendréis en vosotros la prenda de la vida y de la bienaventuranza eterna: por el contrario el que come mi carne y bebe mi sangre, tiene derecho para la vida eterna y bienaventurada. En sí mismo lleva la prenda de ella, y yo le resucitaré el último dia para que entre en posesion de una dicha que no tendrá fin. Pues mi carne es verdadero alimento que se come y mi sangre es verdadera bebida: el que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él; esto es,

permanecemos uno y otro con una compañia y union íntima de afectos, con una caridad mutua y un amor reciproco. Esta explicacion que sobrentiende en la doctrina del Salvador, la aclaró san Agustin de la manera siguiente [1]: El que come mi carne *como espiritual comida* y bebe mi sangre *como espiritual bebida, queda en mí* por la conformacion de su vida con los designios de mi voluntad y amor, *y yo en él*, porque habito en él por la gracia. Por lo que la fe de tu corazon es Cristo que habita en tu corazon: cree pues en él, y ya lo recibiste. Esta fe que obra por el amor es la obra de Dios, como principio y fin de todo bien; porque por la fe verdadera el hombre se une y como que se incorpora con Dios. Creer pues en él, es creyendo amar, creyendo ir hácia él é incorporarse con sus miembros. Esta es la fe que de nosotros exige Dios, la que obra por el amor; y así creer en él, es comer la comida que produce y causa la vida eterna.

Por todas estas consideraciones les añadió el Salvador: Y así como yo recibo la vida, una vida toda divina de mi Padre cuyo lugar tengo aquí, estando él, no solamente vivo, mas siendo el principio de la vida, y Criador de todas las cosas vivientes; del mismo modo los que comen á mi mesa y yo mantengo con mi propia sustancia, participan de la vida que mi Padre me ha comunicado; de suerte que ellos tienen como yo la felicidad de no vivir sino de él, en él y por él. Así es como vive por mí el que me come; así somos uno sobre la tierra, y en ella empezamos á unirnos desde la eternidad.

Grandes y consoladoras promesas, sublimes y elocuentes palabras que son la expresion mas viva y positiva del amor del Maestro divino; pero tan claras, terminantes y expresivas, que no pueden torcerse á un sentido figurado ni á una comida metafórica. Era preciso creer, ó que prometia lo que era imposible cumplir, ó que el exceso de su amor para con los hombres le hacia posible una union admirable de la cabeza y de los miembros, con la comida real y verdadera de su cuerpo, la cual podrian contraer los hombres; pero que no serian capaces de comprender. Y como efectivamente la sublimidad del misterio no era de fácil comprension, les repitió Jesús lo

[1] Div. August. Tract. 29 in Joann.

nes de la carne y de la sangre, y por esto no le comprendían: creían que habían de alimentarse de su cuerpo y sangre como si fuese un alimento natural, ó como el pan material y la carne que se comen á bocados; y para desengañarlos de esta falsa creencia, les añadió que le verían subir al cielo con su propio cuerpo; que fué lo mismo que decirles: Sabed que los sentidos, la razon humana y el corazon carnal no pueden llegar á la sublimidad de los conocimientos que yo os comunico. El espíritu es el que vivifica, la carne nada aprovecha para esto. Estas palabras *yo he bajado del cielo* que tantas veces os he dicho, *son espíritu y vida*, ellas son el principio del nuevo culto que vengo á traer á la tierra; para entenderlas es preciso dejarse gobernar por el Espíritu de mi Padre; y cuando se creen se consigne en la fe la raíz de la vida sobrenatural y divina, que no se comunicará sino á los miembros del que ha venido del cielo. La carne no comprende nada de esto. Ved y considerad ahora si vosotros os hallais en la disposicion de dar fe á mis palabras.

No ignoraba su Majestad que para el mayor número de sus oyentes habian de ser inútiles todos sus esfuerzos y trabajos, porque tenia una revelacion clarísima sobre la conducta y suerte venidera de todos los hombres, de quienes estaba constituido cabeza, Salvador y Juez. Conocia perfectamente los que serian felices y los que le negarian; no dudaba quién entre sus apóstoles habia de ser el traidor; y con todo eso lo habia llamado con tanta misericordia y bondad, como á su discípulo amado, y al que tenia destinado para cabeza de su Iglesia, y todos los conocimientos presentes y futuros en nada disminuian la actividad de su celo; porque en el orden de la Providencia, ni estrechaban las extensiones de su ministerio ni los límites de su mision; así es que cerciorado infaliblemente de todo, les decia con la mayor caridad: Necesitais luz de lo alto y el don de la inteligencia para comprender el estado admirable de mi cuerpo en este banquete á que convido á todo el mundo. Solo en un sentido espiritual es mi cuerpo el alimento y vida de los hombres, pues solo les hace vivir segun el espíritu, no segun el cuerpo. Muchos incrédulos hay entre vosotros que muestran bien cuánta razon tengo en decir que no puede algo venir á mí si no es traído por mi Padre; pero no consiste en él que no venga todo el mundo, pues á todos

los que no se hicieren voluntariamente indignos ofrece su auxilio para que vengan. Yo sé quiénes son entre vosotros los que no creen y se escandalizan de mis palabras, y es porque hacen juicio de ellas en el tribunal débil de su razon: es menester atender al testimonio que da de mí mi Padre y abrazar los afectos que inspira á vista de mis milagros. El interés y la ambicion os harán ver en mí un hombre poderoso en obras y augurar un rey bienhechor segun el mundo, á quien terga que allegarse de los primeros, pero esto de nada sirve. Solo el espíritu de mi Padre, al cual resistís, es el que puede descubriros y hacer que conozcais en mí al Hijo de Dios, pan de vida que bajó del cielo. La letra mata, el espíritu es el que vivifica [1]; y así como la paja cubre el grano, así tambien la letra cubre el espíritu.

Nada mas se necesitaba para que esta última repeticion del Señor fuese como la última mano que arrancase la máscara de los carnales y postrase enteramente la fe vacilante de su corazon. Desde este dia tan útil á las almas sencillas que le seguian de buena fe, muchos de los que se gloriaban de ser sus discípulos renunciaron sus empeños de seguirle, se retiraron de su compañía y no caminaron mas con él: con la mas extraña ceguedad se apartaron del sol de justicia, cuya luz no podian sufrir. Este fué el primer cisma que dividió á los fieles de la Iglesia Jesucristo, compuesta entonces de pocas personas. Sintió su Majestad la desercion; pero nada tenia que reprenderse: por esto no se dignó jamás de volver á llamar los que se habian apartado de él: dejó ir á estos desertores cuyo bien habia procurado, y su infelicidad fué obra de la bajeza de sus pretensiones terrenas. Despojése la asamblea de incrédulos, y en segunda preguntó el Salvador á los que habian quedado: ¿Y por ventura, vosotros os queréis tambien ir y dejarme? Qué fué lo mismo que decirles: ¿Llegó tambien el contagio á inficionar vuestras almas? ¿El ejemplo de tantos ingratos ha impresionado vuestros corazones y os ha hecho de su partido?

Pedro, que era el primero y jefe de todos, lleno de aqual celo ardiente que le caracterizaba y distinguía, tomó la palabra y contestó

[1] Div. Paul. Epist. 2 ad Corinth. cap. 3, v. 6.

por todos á Jesús, diciéndole: ¡Y á quién, Señor, freímos nosotros, si fuésemos tan desdichados que os perdiésemos, ó tan ingratos que os dejásemos? Vos solo sois el que tenéis palabras de vida eterna; vos el único que enseñais lo que conviene saber, hacer y creer para conseguirla; y nosotros estamos convencidos, y conocemos, creemos y confesamos que vos sois Cristo Hijo de Dios vivo; vos solo sois el jefe y Maestro de la verdad; otro semejante á ti no podemos hallar. Tú solo nos bastas y por ti solo hemos dejado todo; como no hay otro que te iguale, lejos de apartarnos de ti, á ti hemos de acudir. Sobre lo que dice san Agustín [1]: Si nos arrojas de ti, danos otro que sea como tú y le seguiremos.

En la respuesta de Pedro, dice el Crisóstomo, se manifiesta la grandeza de su amor. Este es Pedro, amador de sus hermanos, conservador de la amistad, el que responde por todo el colegio apostólico: Señor, ¿á dónde iremos? Ah! esta es una expresión que demuestra un grande cariño. Ella justifica que ya apreciaban los apóstoles mucho más á Cristo que á sus propios padres. De tu boca salen palabras de vida eterna, esto es, palabras que prometen la vida eterna y á ella conducen; y el que no las creyese, perecerá eternamente. En la percepción de tu cuerpo y sangre cifras la consecución de la vida, y en las palabras de tu predicación la prometes: la virtud de Dios está en tu Evangelio. ¿Qué otra cosa podemos querer mayor? En la respuesta de Pedro es explícita la verdadera confesión de su fe. Si lo hemos conocido, lo confesamos una y otra vez; vos sois nuestro Mesías, el Hijo de Dios [2]: así lo acreditan vuestras doctrinas confirmadas por vuestros milagros. Creemos y confesamos que sois Cristo en cuanto á la humanidad, en la que habeis sido ungiendo con la unción de la divinidad como rey y sacerdote sumo, Hijo de Dios Padre por vuestra naturaleza divina, y por consiguiente igual á él en sabiduría y poder; porque sois vos la misma vida eterna: en tu carne y sangre no das sino lo que tú eres, es-to es, la misma vida eterna.

Al oír Jesús tan franca confesión de la boca de su discípulo, para confirmar á todos en tan santa creencia les dijo: Yo que os he ele-

[1] Div. August. Tract. 27 in Joann.

[2] Div. Crisostom. Hom. 47 in Joann.

gido en número de doce para que seais mis primeros ministros en el establecimiento de mi reino, sabed que uno de vosotros es demonio; uno entre vosotros es pérfido, ha de hacer traicion á su Maestro y perecer infelizmente. Ellos no supieron hasta mucho tiempo después quién era el infeliz de quien se les hablaba, porque su detestable empresa no habia de verificarse hasta pasado un año desde aquel dia en que lo profetizaba el Salvador. No obstante esto, perseveraron los doce con algunos otros cerca de Jesús, aunque entre todos componian un número muy pequeño en comparacion de la gran multitud que antes le seguia. Acaso Judas no meditaba aun su sacrilega y abominable traicion; pero ya sin haber concebido designio tan detestable, se disponia á él con su infidelidad; por lo menos es muy creible que sin alguna razon que en aquella sazón subsistiese, no hubiera dicho desde entonces el Salvador hablando de aquel desgraciado apóstata: Entre los doce que he elegido hay uno que es demonio. Y ciertamente era preciso que el desventuradísimo tuviese un corazon de demonio, pues por todo un año, desde el dia en que el divino Maestro descubrió su perfidia, en el que tuvo la dicha de vivir familiarmente con Jesús, de ser testigo de sus milagros y de tomar parte en sus confianzas, jamás le hirió su grandeza y le movió su boudad. Ni creyó por la fe ni volvió por la penitencia: abandonó á Cristo en su corazon y fué abandonado de Cristo. ¡Triste desgracia! que nos enseña cuánto hemos de amar la union con Cristo y temer su separacion.

ORACION.

¡Oh mi Dios y Señor mio Jesucristo! tú que solo bastas para la salud de mi alma, concédeme la gracia de que á ti solo desee; deseándote á ti, solo por ti y no por otra cosa, á ti solo busque, para que buscándote te halle, hallándote te estreche contra mi corazon, teniéndote estrechado te ame, amándote queden perdonados mis pecados, y perdónalos una vez no vuelva á cometerlos jamás. Ilustra, te ruego, Señor, mi corazon con la luz de tu divina gracia, á fin de que teniéndote por mi conductor y guia en todos mis pasos, siempre á ti tema y ame sobre todas las cosas, y en todas ellas ha-

ga tu voluntad; jamás de ti me aparte y contigo viva constantemente unido, porque tú solo bastas, y al que te ama y sigue, la vida eterna prometes, á la que te ruego que por tu misericordia me conduzcas. Amen.

Nota. La historia del presente capítulo se halla en el VI del Evangelio de san Juan desde el versículo 22 hasta el 72, ambos inclusive.

La Iglesia usa de varios trozos de este Evangelio como propios de las misas siguientes:

Desde el versículo 37 hasta el 40, como propio de la que celebra en el aniversario de los difuntos.

Desde el versículo 51 hasta el 55 lo usa en la misa cotidiana de los mismos. Y desde el 56 hasta el 59, en la festividad del Santísimo Sacramento y en la misa votiva del mismo. Unos y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DEL ANIVERSARIO DE DIFUNTOS.

San Juan, cap. VI, vs. 37 al 40.

En aquel tiempo dijo Jesús á las turbas de los judíos: Todos los que me da el Padre vendrán á mí, y el que viniere á mí no le desecharé; pues descendí del cielo, no paré hacer mi voluntad, sino la de aquel que me ha enviado. Y la voluntad de mi Padre que me ha enviado es que yo no pierda ninguno de los que me ha dado, sino que los resucite á todos en el último día. Por tanto, la voluntad de mi Padre que me ha enviado es que todo aquel que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y yo le resucitaré en el último día.

EVANGELIO DE LA MISA CUOTIDIANA DE DIFUNTOS.

San Juan, cap. VI, vs. 51 al 55.

En aquel tiempo dijo Jesús á las turbas de los judíos: Yo soy el pan vivo que descendí del cielo. Quien comiere de este pan vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi misma carne para la vida ó *salvación* del mundo. Comenzaron entonces los judíos á alter-

car unos con otros diciendo: ¿Cómo puede estararnos á comer su carne? Pero Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo que si no comiereis la carne del Hijo del hombre y no bebiereis su sangre, no tendreis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna y yo le resucitaré en el último día.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FESTIVIDAD DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

San Juan, cap. VI, vs. 56 al 59.

En aquel tiempo dijo Jesús á las turbas de los judíos: Mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente es bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y yo en él. Así como el Padre que me ha enviado vive y yo vivo por el Padre, así el que me come también vivirá por mí. Este es el pan que bajó del cielo. No sucederá como á vuestros padres que comieron el maná, y no obstante murieron. El que come de este pan vivirá eternamente.

